

CARLOS CHANA SECO
ELOY BUENO DE LA FUENTE
ROBERTO CALVO PÉREZ
FERNANDO BOGÓNEZ HERRERAS
FERNANDO SUSAETA MONTOYA

El gozo de la libertad herida

Las encrucijadas de la libertad
en la Iglesia


FONTE
GRUPO EDITORIAL


EDITORIAL
MONTE CARMELO

© 2023 Carlos Chana Seco, Eloy Bueno de la Fuente,
Roberto Calvo Pérez, Fernando Bogóñez Herreras,
Fernando Susaeta Montoya

© 2023 Grupo Editorial Fonte
P. del Empecinado, 1; Apdo. 19 - 09080 - Burgos
Tfno.: 947 25 60 61

www.montecarmelo.com
www.grupoeditorialfonte.com
editorial@grupoeditorialfonte.com

ISBN: 978-84-19307-83-5
Depósito Legal: BU-150-2023

Impresión y encuadernación
Grupo Editorial Fonte - Burgos
Impreso en España. Printed in Spain

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley,
cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
y transformación de esta obra sin contar con la autorización
de los titulares de la propiedad intelectual.
La infracción de los derechos mencionada puede ser constitutiva
de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal).

ÍNDICE

Prólogo: «Donde está el Espíritu del Señor, hay libertad» (2Cor 3,17)	9
Obertura: Francisco ante las heridas de la libertad	15
I. La libertad herida: entre el anhelo y el malestar	27
1. La libertad, aliento de nuestra cultura	29
1.1. <i>Un paso en la historia de libertad: la libertad de los modernos</i>	32
1.2. <i>La libertad como no dominación</i>	35
1.3. <i>La reivindicación de las nuevas libertades</i>	37
1.4. <i>La microfísica del poder: frente al poder diseminado que somete</i>	39
2. El malestar en la sociedad ante una libertad herida ..	42
2.1. <i>Las paradojas de la libertad</i>	44
2.2. <i>El malestar social ante una libertad amenazada</i>	46
2.3. <i>El substrato de este malestar socio-cultural</i>	54
2.4. <i>Las máscaras de la libertad herida</i>	60
3. El malestar en la Iglesia ante una libertad herida ...	64
3.1. <i>Síntomas de un malestar</i>	64
3.2. <i>Explicaciones de un malestar</i>	72
3.3. <i>Formulando una esperanza</i>	78
II. La novedad cristiana: encuentro de libertades	81
4. El Dios que es amar y por eso creador de personas libres	83

4.1. <i>El Dios del que hablamos se manifiesta liberando</i>	83
4.2. <i>La Trinidad santa: amar en libertad</i>	88
4.3. <i>Jesús el hombre libre y el Espíritu de libertad</i>	90
4.4. <i>La Pascua fuente de libertad</i>	94
4.5. <i>La salvación como experiencia de libertad</i>	97
5. <i>Creados libres, vulnerables y capaces para una vida buena</i>	99
5.1. <i>La imagen de Dios como libertad</i>	99
5.2. <i>La libertad vulnerada</i>	103
5.3. <i>La libertad capaz</i>	108
5.4. <i>Para una vida buena y libre</i>	115
6. <i>La Iglesia, experiencia y camino de libertad</i>	116
6.1. <i>La nueva vida cristiana, experiencia de libertad</i>	117
6.2. <i>La Iglesia (ekklesía), experiencia comunitaria de libertad</i>	123
6.3. <i>Los carismas y ministerios, edificación de una Iglesia en camino de libertad</i>	128
6.4. <i>El estilo sinodal, caminar en libertad para la evangelización</i>	132
III. <i>El gozo del creyente: vivir en libertad</i>	135
7. <i>Vivir en la libertad del Espíritu</i>	137
7.1. <i>El Espíritu, libertad de Dios y de la persona</i> ..	137
7.2. <i>La espiritualidad de la libertad pascual</i>	141

7.3. <i>La oración y la mística de la santidad cotidiana</i>	144
7.4. <i>La libertad personal en el nosotros eclesial que compromete</i>	148
7.5. <i>La libertad se hace biografía</i>	151
8. <i>Las prácticas eclesiales como ejercicio y garantía de libertad</i>	159
8.1. <i>Detectar las insuficiencias con voluntad de honestidad y libertad</i>	161
8.2. <i>Acariciar sinodalmente los conflictos para transformarlos</i>	164
8.3. <i>Un estilo para llegar al consenso en libertad</i> ..	166
8.4. <i>El discernimiento y la toma de decisiones en y para la libertad</i>	170
8.5. <i>Los organismos reales para decidir libremente en la iglesia local</i>	175
9. <i>La profecía, don de la libertad</i>	178
9.1. <i>Presupuestos: la «reserva escatológica»</i>	179
9.2. <i>La Iglesia y la profecía</i>	181
9.3. <i>La Iglesia: instancia crítica para una libertad real</i>	183
9.4. <i>El compromiso en procesos generadores de libertad</i>	188
9.5. <i>Testigos de Alguien que regala libertad para re-crear el mundo</i>	199
Epílogo: <i>De Foucault a Foucauld</i>	201

PRÓLOGO:
**«DONDE ESTÁ EL ESPÍRITU DEL SEÑOR,
HAY LIBERTAD» (2COR 3,17)**

Para cualquiera que siga la actualidad eclesial en los medios de comunicación y las redes sociales es habitual que se encuentre con escándalos relacionados con la Iglesia: insinuaciones en torno al uso del dinero; obispos que o bien cometieron abusos de todo tipo o bien encubrieron abusos, fundadores que sobrepasaron los límites; acusaciones de pederastia... Más sibilino, pero más constante, aparecen también dificultades cotidianas con la transparencia en diócesis y parroquias, prácticas que hablan de que las decisiones están en manos de muy pocos, de una extraña sensación de exclusión en muchos niveles de la vida eclesial. Todos ellos tendrían como denominador común el tema del abuso de poder y la falta de libertad.

Ciertamente nos encontramos ante un panorama complejo. Además, vivimos una situación social y cultural de cambio de época con las consiguientes dificultades. De hecho, nuestra sociedad, en general, tampoco acierta a vivir el poder y la libertad de la mejor de las maneras posibles. Nos vemos sometidos en contextos de mucha ma-

nipulación mediática, en decisiones de muy pocos sobre temas importantes y urgentes.

A primera vista, nada hay más contrario al Evangelio que estas prácticas en las que la libertad queda relegada. En general, como adultos del siglo XXI, sentimos un rechazo casi visceral ante esto que sucede. Es cierto que luego estamos cómodos, puesto que tomar una palabra ante ello es complicado y compromete a una acción coherente. Pero hay «algo» dentro de nosotros que nos dice que así no deberían ser las cosas, hay algo que chirría en nuestro interior que nos dice que ese no es el «estilo» de funcionamiento original. Esta cuestión nos afecta muy profundamente, como personas y como creyentes. Es una situación que nos desanima, ahonda heridas, nos reseca hasta el fondo y nos paraliza. Aunque la esperanza pervive.

Por eso nos planteamos el gozo de la libertad herida porque es el Espíritu (en cuanto Gozo) el que posibilita que la libertad humana, aunque dañada en su ejercicio, sea causa de alegría. Lo paradójico de la libertad y sus encrucijadas en el día a día nos ayudan a abrir caminos en los que podemos percibir la grandeza de la libertad a pesar de los límites.

El punto de partida en nuestro texto es situarnos ante el hecho de que tenemos *algunos problemas con el poder y la libertad*. Más bien que tenemos algunos problemas con el poder porque no acabamos de comprender y de vivir con toda su intensidad la libertad que nos promete el Evangelio. No es difícil percibir que ahí se esconde el origen de muchos de los malestares que vivimos.

En ese sentido, el texto que introducimos, que ha sido reflexionado, debatido y redactado en conjunto por cinco autores, con la complejidad y la riqueza que tiene ese intento, quiere ser sobre todo un *servicio*. Es decir, quiere

hacer en voz alta preguntas sobre esta problemática. En esas preguntas, busca encontrar *prácticas* para vivir la libertad y gestionar el poder en la Iglesia e intuiciones para ofrecer esa libertad evangélica para el mundo en que vivimos. Para ello, no quiere olvidar los orígenes más hondos de esa libertad en el proyecto que Dios mismo nos ofrece. Es decir, se contrasta también con los orígenes bíblicos y teológicos de la libertad.

Con estas intuiciones y preguntas básicas, hemos dividido el libro en una *obertura* y tres partes. La *Obertura* que antecede al texto quiere situar el origen y las pretensiones de la reflexión. Posteriormente, la *primera parte*, titulada *la libertad herida: entre el anhelo y el malestar*, ofrece un *análisis* breve y elemental de las dinámicas del poder y de la libertad en la Iglesia y en la sociedad. Así, el *primer capítulo* realiza una prospectiva breve sobre la construcción de la experiencia de libertad que todos compartimos hoy en día. ¿Qué significa la libertad en nuestra experiencia cotidiana de ciudadanos y personas en este siglo XXI?, ¿qué nos ofrece y cómo lo vivimos? Intentamos desgarnar las diversas dimensiones de la libertad y preguntarnos qué la favorece y qué la dificulta.

Eso nos permite pasar al *segundo capítulo* que se centra en el *malestar social ante la libertad*. Así, aunque la libertad es una palabra mayor y guía de nuestra época, descubrimos que tiene una sombra alargada. Por diversos motivos, por los engranajes del poder, por nuestras dificultades personales, no siempre vivimos la libertad como un gesto hondo de nuestras personas. Preguntarnos *qué* nos sucede y *porqué* nos sucede así será la clave de este segundo capítulo.

El *tercer capítulo* realiza un análisis similar en el ámbito eclesial. También la relación de la Iglesia en el tema de libertad manifiesta un cierto *malestar*. Las últimas crisis de

abusos, con toda la problemática de conciencia añadida, nos permite entrever las grandes dificultades que la Iglesia tiene para la gestión del poder. Desde ahí, la pregunta por las causas de estas deformaciones surge con cierta naturalidad. En este capítulo intentamos encontrar esas preguntas.

El análisis y el discernimiento da paso a una segunda parte más propositiva, *la novedad cristiana: encuentro de libertades*. Todo este malestar que vivimos en torno al poder y la libertad es *radicalmente* contrario a lo que la experiencia cristiana quiere contarnos. Por eso, en esta parte buscamos narrar de la forma más comprensible para nuestro momento actual los orígenes de la libertad cristiana. Pensamos que este ejercicio puede desatar dinamos muy potentes para la vivencia de la libertad.

Así, el *capítulo cuarto* se lanza a percibir *cómo la libertad proviene de Dios mismo*. Es decir, el Dios Trinidad crea un *proyecto de libertad*. Así podemos entreverlo en la misma forma de actuar de Dios, tanto en acontecimientos como el Éxodo, como, sobre todo, en el misterio Pascual de Jesús. Su resurrección y el envío del Espíritu significan un profundo acontecimiento de libertad.

Esta forma de ser del Dios Trinidad se deja entrever en la constitución de la persona humana. El *capítulo quinto* se esfuerza en desentrañar la antropología que está a la base de la libertad. Provieniendo de Dios mismo, redescubrimos al ser humano como un ser *capaz de un proyecto* que le aliente. A su vez, no olvidamos la *herida que nos recorre*.

De esta forma, podemos aventurar una imagen de Iglesia que, teniendo en cuenta el análisis del poder y de la libertad y todo lo que llevamos dicho respecto al Dios Trinidad y al ser humano, sea *respetuosa y aliente* la libertad en la que hemos sido creados. El capítulo seis ahonda

en esta experiencia de una Iglesia que provoca la libertad y encuentra el mejor testimonio de esa experiencia en la primera comunidad.

La parte más teológica nos permite acceder a la *tercera parte* de nuestro texto, *el gozo del creyente: vivir en libertad*. En ella, intentamos concretar todo lo reflexionado en propuestas para vivir la libertad. Nos parece que nuestro esfuerzo quedaría radicalmente incompleto si no incluye estas reflexiones. Ahora bien, como suele suceder en estos casos, concretar es complejo. Invitamos, por tanto, al lector a que estos capítulos sean también una interpelación a su imaginación.

En el *capítulo séptimo* nos centramos en la *espiritualidad que dimana de toda esta reflexión sobre la libertad*. Cuál es la forma y el estilo de vida al que el Evangelio de la libertad nos está invitando. Se trata de una espiritualidad que surgiendo del núcleo más íntimo del ser creyente asume la responsabilidad de la libertad en medio de la Iglesia y el mundo. De hecho, multitud de testigos desde su debilidad nos muestran su posibilidad.

El *capítulo octavo*, bebiendo de la fuente evangélica y espiritual, se centra en las *prácticas de libertad* que estamos invitados a potenciar en la Iglesia. Sinodalidad, escucha conjunta, posibilidad de un poder que es servicio, serán palabras que centren ese posible recorrido. Unas actitudes en las que vemos necesario no solo una profundización teórica sino también un ejercicio práctico de lo que suponen.

El *capítulo noveno*, finalmente, recoge la intuición profética de la Iglesia. Si el camino de la libertad se realiza con entrega y confianza, la Iglesia se sentirá invitada a ofrecer este camino a otros, en medio del mundo. Como este capítulo se esforzará en mostrar, mucho de eso ya estamos viviendo.

Con ello, queremos ofrecer al lector la posibilidad de encontrarse con *el gozo de la libertad herida*. Ciertamente, vivir en libertad es un gozo, un disfrute, una posibilidad inacabada. A su vez, esa libertad se muestra *herida*, en el interior de nuestras personas y en medio de la Iglesia y de la sociedad. Este escrito, ciertamente, no «resuelve nada». Las ambigüedades, las dificultades siguen en nosotros y entre nosotros. Simplemente quiere añadir un paso más en una reflexión que percibimos urgente y compartida. Esperemos que al lector le haga pensar este breve recorrido y redescubrir el gozo de la libertad herida.

OBERTURA: FRANCISCO ANTE LAS HERIDAS DE LA LIBERTAD

La pederastia ha sido una catástrofe y un fracaso para la Iglesia. *Una catástrofe*: ha generado una crisis equiparable a lo que significó el terremoto de la Reforma en el siglo XVI. *Un fracaso*: ha hecho patente las deficiencias para gestionar la corrupción y el pecado que anida en sus miembros (sobre todo cuando ocupan un elevado rango eclesial).

Para afrontar de modo adecuado esta catástrofe y este fracaso no hay que focalizar la mirada en el hecho (tan terrible) de los abusos sexuales. Hay que descubrir e identificar lo que hay *detrás y debajo*: la lógica del abuso y de su encubrimiento como anulación de la libertad de las víctimas y del Pueblo de Dios; incluso, más en lo profundo, porque actúa de modo solapado el mecanismo del poder: utiliza modos sutiles para justificarse, para disfrazarse, para manipular a los otros. ¿No es el abuso —cualquier tipo de abuso— un ejercicio de poder, que hiere y anula la libertad de la mayoría, especialmente de los más frágiles?

Algo hay en el poder que despierta pasiones arcaicas, que hace aflorar el fondo más oscuro del misterio hu-

mano. Constituye un enigma que no puede ser eludido, sino que tiene que ser mirado de frente, para que no se convierta en un fantasma continuamente al acecho. Los disimulos y los arreglos cosméticos no curarán las heridas contra la libertad de los hijos de Dios. El poder es necesario para el funcionamiento de la convivencia humana, también en la Iglesia. Pero la comunidad cristiana prefirió hablar de *servicio* (diakonía) para referirse a las funciones desempeñadas por sus miembros. A lo largo de los siglos sin embargo no ha evitado que en ocasiones la obediencia y la disciplina se hayan transformado en imposición y sometimiento.

Frente al poder, cuando tiende a revestirse de corrupción y de abuso, ¿puede haber otro antídoto que la libertad? También en la Iglesia, para no refugiarse en un escapismo idealizado. La experiencia ha mostrado que altos cargos eclesiales recurrían a su poder (por el dinero o las influencias) para encubrir sus crímenes. Aún sin llegar a esos extremos, no ha habido sensibilidad para reconocer lo que señalaba de Lubac a von Balthasar cuando este le confesó su proyecto de dar origen a una fundación nueva: «Las grandes instituciones tienen siempre un lado inhumano»¹. El servicio puede viciarse y transformarse en ejercicio de poder y de control a costa de la libertad, rasgo esencial de la dignidad de los hijos de Dios.

En el lejano 1970 F. Sebastián recordaba afirmaciones del Nuevo Testamento como «donde está el Espíritu hay libertad», «la verdad hace libres», «la creación entera aguarda su liberación», y se sorprendía de que hubieran sido poco utilizadas para elaborar una concepción de la vida y de los valores cristianos. Lamentaba que se hubieran minimizado esas afirmaciones cristianas ante la insis-

¹ En una carta del 4.11.1947; cf. M-G. LEMAIRE, *Discerner la volonté de Dieu*, «NRTh» 143 (2021) 438.

tente primacía de la ley. De la libertad se hablaba con cautelas y con reservas, reduciéndola al ámbito interior y espiritual². No se puede ocultar la serie de excesos que ha provocado en el seno de la Iglesia la libertad entendida como capricho, ¿pero justifica ello que se hable con reticencia de «libertad bien entendida» mientras que no hubiera tantas reticencias para hablar de «obediencia ciega»? ¿No tiene todo esto relación con la crisis de los abusos?

La posición de Francisco: el coraje de la libertad

Hemos hablado de catástrofe y de fracaso. A la vez hay que señalar que se ha producido una inflexión a la hora de afrontar el problema. A ello ha contribuido la actitud decidida de los dos últimos papas. A su servicio eclesial como obispo de Roma se añadió una tarea imprevista, enorme, para la que nadie está preparado. Había que salir al paso de un escándalo que afectaba de modo tan enorme a la credibilidad de la Iglesia: dañaba su sacramentalidad, que le exige reflejar en el mundo la luz trasparente de Cristo. No se podía esquivar la mirada ni recurrir a soluciones de emergencia. Se requería una cirugía de hondo calado, recurriendo al bisturí de la libertad: libertad por parte de quienes detentan la máxima responsabilidad en la Iglesia, y libertad por parte de las víctimas. Los dos papas han estado a la altura de la necesidad histórica. Cada uno con su estilo, pero ambos han intentado curar las heridas de la libertad, que es dimensión constitutiva del Evangelio y del acto de creer.

² Se trata ciertamente de la libertad de los hijos de Dios, pero precisamente por ello debe ser una libertad real que desata las posibilidades internas de la existencia, que nace de la raíz misma del ser personal y que por ello se extiende a todas las dimensiones de su existencia: F. SEBASTIÁN, *Liberación del hombre y salvación cristiana*, «Iglesia Viva» 25 (1970) 188-190.

No se puede olvidar la posición y el compromiso de Benedicto XVI, inflexible ante la podredumbre en la Iglesia que ya denunció como cardenal³ y que ratificó abundantemente desde la sede de Pedro. Francisco continuó la misma lógica, pero con un acento especial, y en cierto grado novedoso: ante el abuso sexual ha puesto el foco no solo en la inmoralidad de determinados comportamientos o en la mundanidad espiritual de los criminales sino también en *la lógica subyacente al encubrimiento*: el abuso psicológico como perversión del poder y destrucción de la libertad; ante una libertad herida queda camino abierto para todo tipo de abuso.

La decidida actitud del Papa ha ido creando el espacio para hablar con franqueza de ese fenómeno y para afrontarlo con libertad. Francisco deja claro que la política del avestruz sería mortal para la vida de la Iglesia y para su testimonio. Por eso abre el espacio para que cada obispo y cada presbítero pida la gracia de la vergüenza y se pregunte: ¿qué puedo hacer yo ante esta catástrofe?, ¿puedo tomar distancia del fenómeno como si fuera enteramente inocente? Son preguntas que solo se pueden plantear desde la libertad y que deben conducir a fomentar la libertad de todos; en esa lógica deben estimular a detectar los mecanismos que la hieren o la destruyen.

En este cuestionamiento quedan incluidos especialmente los miembros del orden sagrado y la ideología denominada «clericalismo», tan denostada por Francisco. Esta focalización ha suscitado dolor, queja y protesta en numerosos sacerdotes. Esta reacción es comprensible, porque puede alimentar sospechas desmesuradas. Pero no podemos olvidar que el abuso de poder es una tentación mayor en quienes detentan la potestas en la Igle-

³ Merecen ser leídas sus palabras en el *Via crucis* del Viernes santo el (25.3.2005).

sia: el encubrimiento puede convertirse en el recurso más fácil y eficaz para eludir la transparencia, para evitar las reformas, para no cambiar el modo de gobierno, para bloquear la libertad en todos los ámbitos eclesiales...

Diversos informes internacionales han denunciado el enorme potencial abusivo que radica en el estilo de gobierno, marcado por el clericalismo y por la jerarquía piramidal. En el caso alemán (hecho público el 15.9.2018) se llega a hablar de «características estructurales» o de «naturaleza sistémica del problema». La expresión fue utilizada por el presidente de los obispos franceses. No se puede negar que estos hechos son utilizados de modo hábil e inteligente para socavar la autoridad de la Iglesia: cuando se pone en el foco los casos en la Iglesia olvidando que hay ámbitos sociales en los que los abusos sexuales y los abusos de poder son más abundantes; cuando se realizan extrapolaciones estadísticas sorprendentes; cuando se aplican a la Iglesia varas de medir que no se utilizan en otros casos... Todo ello es cierto, y deja ver dosis enormes de injusticia y de hipocresía en algunos ámbitos sociales. Pero no puede ser óbice para aplazar una cirugía necesaria en la Iglesia. Lo que está en juego afecta de modo directo al ser y a la misión de la Iglesia: ¿cómo puede ser icono de la santidad y de la misericordia de la Trinidad si no repara sus manchas y arrugas?, ¿puede ser generadora de sometimiento una Iglesia que nace de la libertad? La conversión de las personas no puede quedar aislada de la reforma de las instituciones. Esa es la empresa de Francisco, análoga al joven Francisco que en el siglo XIII fue llamado para restaurar una Iglesia en ruinas.

Se podrían multiplicar gestos y pronunciamientos de Francisco al respecto, así como la cadena de reacciones que ha suscitado y alentado. Pero no es ese nuestro objetivo. Recogeremos un pequeño ramillete de ejemplos o testimonios.

Reivindicación profética de la libertad

En su visita a Eslovaquia (en septiembre de 2021) reconocía en un encuentro con los jesuitas que la libertad nos asusta. Ese miedo es el que subyace a la rigidez y al clericalismo, calificados ambos como perversiones; y el día 13 de modo más amplio proclamaba que el anuncio del Evangelio ha de ser liberador, nunca opresor; por tanto la Iglesia debe ser signo de libertad y de acogida, debe resistir la tentación de dominar las conciencias o de ocupar espacios. De modo especial las nuevas generaciones sienten repulsa ante una propuesta de fe que no les deja su libertad interior y ante una Iglesia en la que todos deban pensar lo mismo y obedecer ciegamente. «Una Iglesia —advierte— que no deje espacio a la aventura de la libertad, incluso en la vida espiritual, corre el riesgo de convertirse en un lugar rígido y cerrado... Que ninguno se sienta presionado, que cada uno pueda descubrir la libertad del Evangelio».

El 21 de noviembre de 2021, en el *Angelus* de la fiesta de Cristo Rey, afirmó que «Cristo no quiere servilismo a su alrededor sino gente libre... Hace libres y soberanos los corazones de quienes lo siguen». Y ello lo apoya en la libertad misma de Jesús que «proviene de la verdad. Es la verdad la que nos libera». Ahora bien, la verdad no debe ser vista como algo monolítico, pues somos adultos y responsables, por tanto personas que piensan, que interrogan la propia conciencia y se dejan cuestionar. En esta apertura la libertad no es una conquista automática o algo que permanece igual de una vez para siempre, sino que es un camino, a veces fatigoso, que hay que renovar continuamente (13.9.21).

El 16 de septiembre del 2021 en un encuentro de Asociaciones de fieles, Movimientos Eclesiales y Nuevas Comunidades ofrecía unas reflexiones e interpelaciones

que pueden ser dirigidas a toda autoridad en la Iglesia. Reclama la necesidad de cambios, porque «los casos de abusos de diversa índole...siempre tienen su origen en el abuso de poder»; lo explicita de modo directo y tajante:

«Se expresa de muchas maneras en la vida de la Iglesia; por ejemplo, cuando creemos, en virtud del papel que desempeñamos, que tenemos que tomar decisiones sobre todos los aspectos de la vida de nuestra asociación, de la diócesis, de la parroquia, de la congregación. Se delegan en otros las tareas y responsabilidades de ciertas áreas, ¡pero solo en teoría! En la práctica, sin embargo, el delegar en los demás se vacía por el afán de estar en todas partes. Y este deseo de poder anula toda forma de subsidiariedad. Esta actitud es fea y termina por vaciar de fuerza al cuerpo eclesial. Es una mala manera de «disciplinar». Y lo hemos visto. Tantos —y pienso en las congregaciones que más conozco— superiores, superiores generales que se eternizan en el poder y hacen mil, mil cosas para ser reelegidos y reelegidos, incluso cambiando las constituciones. Y hay un deseo de poder detrás. Esto no ayuda; es el principio del fin de una asociación, de una congregación»⁴.

⁴ De modo igualmente contundente se había expresado en *Christus vivit* 98, que recoge palabras e ideas de la *Carta al Pueblo de Dios* del 20 de agosto de 2018: «Existen diversos tipos de abuso: de poder, económico, de conciencia, sexual. Es evidente la necesidad de desarraigar las formas de ejercicio de la autoridad en las que se injertan y de contrarrestar la falta de responsabilidad y transparencia, con las que se gestionan muchos de los casos. El deseo de dominio, la falta de diálogo y de transparencia, las formas de doble vida, el vacío espiritual, así como las fragilidades psicológicas son el terreno en el que prospera la corrupción. El clericalismo es una permanente tentación de los sacerdotes, que interpretan ‘el ministerio recibido como un poder que hay que ejercer más que como un servicio gratuito y generoso que ofrecer; y esto nos lleva a creer que pertenecemos a un grupo que tiene todas las respuestas y no necesita ya escuchar ni aprender nada’. Sin duda un espíritu clericalista expone a las personas consagradas a perder el respeto por el valor sagrado e inalienable de cada persona y de su libertad».

Gestos cargados del coraje de la libertad

Algunas decisiones del Papa han molestado a muchos que las consideraban excesivas: la franqueza para reclamar investigaciones que limpien la porquería oculta, la gratitud expresada a quienes las han decidido y realizado, el apoyo constante a las víctimas...

Como ejemplo puede servir la carta del cardenal Marx, arzobispo de Munich, en la que ponía su cargo a disposición del Papa (21.5.2021). Era un escrito privado que sin embargo fue hecho público (el cuatro de junio) en virtud de una decisión expresa del mismo Francisco. Y ello a pesar de (o precisamente por) los duros juicios que contenía. Reconocía el cardenal que la Iglesia se encuentra en un punto muerto, así como el prestigio de los obispos. La crisis, dice, ha sido provocada por nuestro propio fracaso, por nuestra culpa. Ello se ha producido a nivel personal y administrativo, pero también institucional y «sistémico». En consecuencia cada uno debe asumir su co-responsabilidad en el fracaso.

Como señalaba A. Bierl en el periódico de la diócesis, la dolorosa toma de conciencia de ese hecho le hizo ver que el poder en la Iglesia debe ser repartido y controlado, que él mismo era parte de ese sistema tan endurecido, que se requería una investigación profunda, que lo decisivo es que los hombres puedan decidirse en libertad por Dios y por su Iglesia⁵. Tras la rueda de prensa a raíz de la publicación de su carta Ch. Strack, especialista en temas religiosos de la *Deutsche Welle*, percibió que «su voz sonó más libre, sí, libre... Habló sobre el poder del Evangelio y del significado profético de la Iglesia. En los últimos años pocas veces se ha visto a Marx tan decidido, tan liberado».

⁵ «Münchener Kirchenzeitung» (7.6.2021).